

## FAMILIAS MIGRANTES: REPRODUCCIÓN DE LA IDENTIDAD Y DEL SENTIMIENTO DE PERTENENCIA\*

Dolors Comas d'Argemir  
Joan Josep Pujadas Muñoz  
*Universitat de Barcelona*  
*Institut Català d'Antropologia*

Normalmente no me siento catalana, ni extremeña, ni española, ni miembro de ninguna nación concreta y diferenciada y tampoco valoro este hecho (la nacionalidad) en las personas con las que me relaciono, pues no tiene importancia para mí. Sin embargo sé que, si me planteo toda esta cuestión, debo reconocer que me siento más extremeña que catalana (P.D.M.).

---

### Resum

*En aquest article s'ha volgut establir l'articulació entre vincles familiars, relacions socials i construcció de la identitat, en el cas dels col·lectius immigrants de classe obrera instal·lats en els barris perifèrics de Tarragona. El centre del nostre treball està constituït per l'anàlisi dels mecanismes pels quals els universos simbòlics, que serveixen de suport a la identitat individual i col·lectiva, es reproduïxen o es transformen en estreta relació de dependència respecte als vincles socials que els immigrants estableixen en el seu procés d'inserció en la societat receptora. Les condicions d'extrema pobresa en els grups socials estudiats donen lloc, en els primers anys d'adaptació a la nova vida urbana, a una situació de crisi personal i familiar. En aquestes condicions de dificultat reproductiva, es produeix en el si dels grups domèstics una tendència cap a la fusió de les estructures parentals, que adopten la forma del que hem denominat conglomerats familiars. També les relacions de paisanatge i de «veïnat» serveixen de filtre per atemperar les dificultats que tenen els individus en l'àmbit econòmic, laboral, relacional i simbòlic-cultural.*

### Resumen

*En este artículo se ha querido establecer la articulación entre vínculos familiares, relaciones sociales y construcción de la identidad, en el caso de los*

\* La investigación que ha servido de base para este artículo se ha financiado con subvenciones concedidas por la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología (proyectos PB86-0070 y PB86-0126).

*colectivos inmigrantes de clase obrera instalada en los barrios periféricos de Tarragona. El centro de nuestro trabajo está constituido por el análisis de los mecanismos por los que los universos simbólicos, que sirven de soporte a la identidad individual y colectiva, se reproducen o se transforman en estrecha relación de dependencia respecto a los lazos sociales que los inmigrantes establecen en su proceso de inserción en la sociedad receptora.*

*Las condiciones de extrema pobreza en los grupos sociales estudiados dan lugar, en los primeros años de adaptación a la nueva vida urbana, a una situación de crisis personal y familiar. En estas condiciones de dificultad reproductiva, se produce en el seno de los grupos domésticos una tendencia hacia la fusión de las estructuras parentales, que adoptan la forma de lo que hemos denominado conglomerados familiares. También las relaciones de paisanaje y de vecindad sirven de filtro para atemperar las dificultades por las que atraviesan los individuos, en el ámbito económico, laboral, relacional y simbólico-cultural.*

*Abstract*

*In this article we have tried to establish the articulation between familial ties, social relations and identity construction, in the case of worker immigrant groups living in the peripheral suburbs of Tarragona. The main point of our work is the analysis of the mechanisms by which symbolic universes, which support individual and collective identity, are reproduced and transformed in a close relationship of dependence towards the social ties that the immigrants settle in their process of insertion into the receiving society.*

*The conditions of extreme poverty within the social groups that we have studied provoke during the first years of adaptation to the new urban life, a situation of personal and familial crisis. In these conditions of reproductive difficulty, a tendency to the fusion of parental structures is generated in order to construct what we have called familial conglomerates. The neighborhood and fellowship relations act also as a filter to temper the difficulties by which individuals come through, in the economical, working, relational and symbolic-cultural contexts.*

---

Todo universo simbólico construido dentro de una sociedad urbana, heterogénea y multi-categorial tiene la virtualidad de establecer selecciones jerarquizadas entre las diferentes categorías sociales consideradas pertinentes para clasificar la realidad del entorno social más inmediato. En el caso de muchos colectivos inmigrantes residentes en Cataluña, hemos podido observar cómo la categorización étnica tiende a ser relegada a un segundo plano, en tanto que definitoria de la identidad individual y grupal. Parece existir una relación inversamente proporcional entre el grado en que se viven íntimamente las contradicciones basadas en las diferencias étnicas y el grado de aceptación de esas diferencias en la construcción explícita del universo simbólico que define la realidad inmediata.

Esa voluntad de neutralización del conflicto étnico en la conformación del propio universo identitario, presente en la cita de nuestra informante, sintetiza lo que pensamos que es un mecanismo bastante generalizado, descrito por Berger y Luckmann como *función nómica*. Esto es, como la capacidad de los individuos de ordenar las unidades de su experiencia en un universo simbólico que integra las situaciones-límite y no controlables por el individuo con el continuum de la cotidianidad. Se trata de la integración de la *cara diurna y luminosa* de la vida humana y de esa otra dimensión amenazadora, o *cara oscura y nocturna* (cfr. Berger & Luckmann, 1988: 141 y ss.). En este artículo mostraremos cómo en la construcción de los universos simbólicos por parte de obreros inmigrados en Cataluña durante los últimos veinticinco años, esa función nómica tiende a destacar categorizaciones de tipo vecinal-comunitario, familiar y ocupacional-laboral, antes que las étnicas en la definición de la identidad social de los individuos.

La identidad étnica es una clase de sentimiento de pertenencia que vincula al individuo con la colectividad a la que pertenece por nacimiento o adscripción. Este sentimiento se sustenta en todo un conjunto de valores, acciones y símbolos que constituyen un campo de comunicación y de interacción entre los individuos de una misma colectividad y que, al mismo tiempo, actúan como factores de diferenciación respecto a otros grupos. La experiencia migratoria, que sitúa a los individuos fuera de su grupo y los pone en contacto con otros universos simbólicos, proporciona la oportunidad de estudiar las funciones adaptativas de la identidad, las bases sociales en que se fundamenta y el proceso de redefinición de aquellos valores, acciones y símbolos que poseen relevancia y significación emotiva para los actores sociales (cfr. Andizian y otros, 1983; Basham, 1978; Du Toit & Safa, 1975; Foster & Kemper, 1974; Hannerz, 1986; Watson, 1977).

La conciencia étnica constituye de hecho una clase de *interpretación-proyecto* de la realidad y, como tal, se construye sobre la base del conjunto de relaciones que sitúan a los individuos en la estructura social y en el contexto de determinadas relaciones de poder. De ahí, que los emigrantes subordinen la redefinición de su identidad étnica al proceso de construcción y reforzamiento de los lazos sociales que posibilitan su integración en un nuevo tejido social. Es en este contexto donde queremos situar nuestra reflexión acerca del papel de la familia, puesto que junto con las relaciones de vecindad-comunidad y de trabajo constituyen los marcos de referencia más inmediatos en la delimitación de las categorías de identidad, tendiendo a preceder e, incluso, sustituir a formas más abstractas y amplias de identidad colectiva. Se trata de establecer en qué medida la familia y, en general, las relaciones de dependencia personal que se constituyen por proyección o extensión de los lazos familiares contribuyen a crear, mantener o transformar el sentimiento de pertenencia.

No hay duda de que la función socializadora de la familia es algo sustancial en la conformación de las identidades colectivas, puesto que en el marco familiar se transmite, de forma más o menos integral, el bagaje cultural acumulado de unas generaciones a las siguientes; se enseñan valores culturales y normas sociales, se perpetúan o cambian tradiciones. El conocimiento y vivencia de elementos simbólicos, las actitudes ante el uso de la lengua como factor de comunicación-diferenciación o la propia conformación de ideas y representaciones respecto al entorno social inmediato se modelan, en buena parte, en el contexto familiar. Son elementos todos ellos que contribuyen a que el individuo vaya forjando un sentimiento de pertenencia respecto de la comunidad circundante. Y es que la identidad étnica, como interpretación-proyecto de la realidad, no es independiente de la clase de inserción social del individuo y de las propias experiencias vividas por los componentes del grupo familiar. Este aspecto parece ser especialmente relevante en el caso de la emigración, pues las personas que la han protagonizado transmiten tales experiencias y a partir de ellas proyectan sus expectativas e intentan modelar el futuro de sus hijos. En este sentido, la familia constituye uno de los marcos institucionales más relevantes para entender cómo se vehiculan los sentimientos de pertenencia.

En estas páginas queremos considerar, sobre todo, la dimensión relacional de la familia; esto es, el conjunto de deberes y derechos que vincula a los individuos entre sí y que sirve de base a las formas de ayuda mutua y de contraprestación; extendiendo, además, nuestro enfoque al conjunto más amplio de las relaciones de parentesco. Familia y parentesco constituyen uno de los marcos institucionales donde se ejerce la interacción y donde se expresan las relaciones interindividuales, cosa que nos remite a sus funciones *mediatizadoras* de la inserción del individuo a la sociedad (cfr. Bott, 1957; Harris, 1986). Las relaciones de parentesco no se limitan a cubrir los episodios esporádicos relacionados con las grandes celebraciones del ciclo ritual (bautismos, entierros, matrimonios...). El parentesco crea, además, toda una serie de obligaciones morales y suministra un marco de referencia que tiene una importancia propia en relación a otros marcos referenciales del individuo, como pueden ser la profesión o el vecinaje (cfr. Segalen, 1980; Sussman, 1970). Uno de nuestros énfasis en este artículo será el de mostrar la importancia funcional y la cohesión eficaz de las redes de parentesco en los procesos migratorios. Esta vinculación de los grupos domésticos entre sí resulta tan esencial e imprescindible para su reproducción, que metodológicamente no tiene sentido considerar la unidad familiar como una categoría aislada. Nuestra reflexión irá en la línea de entender cuáles son las condiciones que favorecen el que familia y parentesco asuman funciones mediatizadoras en la integración social de los emigrantes y en la vehiculación del sentimiento de pertenencia.

Las relaciones de parentesco constituyen uno de los ámbitos estratégicos en que los individuos intentan resolver las contradicciones globales (a nivel de las prácticas económicas, sociales e ideológicas) engendradas por el proceso específico en que se desarrolla la industrialización y la urbanización. Esto resulta especialmente relevante en aquellas situaciones en que los problemas y coyunturas individuales no se encuentran resueltas por mecanismos institucionales, ya sean públicos o privados. Es significativo que las relaciones de parentesco se reactiven en aquellas situaciones en que el individuo se enfrenta a condiciones difíciles y sin precedentes para su propia experiencia personal, como son las crisis económicas, los procesos migratorios o las grandes mutaciones sociales y políticas (cfr. Osmont, 1981; Sennett, 1980). Esta funcionalidad de las relaciones de parentesco se explica por su enorme flexibilidad y capacidad adaptativa, por su gran polivalencia funcional, así como por su capacidad para movilizar a los individuos mediante vínculos emotivos, fácilmente comprensibles y asumidos.

Otros lazos de dependencia personal, como la amistad o el vecinaje, pueden ejercer funciones muy similares a las que proporciona la retícula del parentesco (Wolf, 1980; Litwak 1969; Young & Wilmott, 1961). La movilización de tales vínculos en el proceso migratorio dota de su perfil característico a las denominadas «migraciones en cadena», constituidas por el reclutamiento gradual de unos individuos por parte de otros, cuya expresión a nivel espacial se traduce en la existencia de áreas urbanas habitadas por personas de origen común y vinculadas muchas de ellas por lazos sociales anteriores. Este fenómeno, que ha sido bien estudiado en las migraciones a gran distancia, a partir del trabajo pionero de Thomas y Znaniecki (1918-1920), ha recibido en cambio poca atención en los estudios realizados en nuestro país a propósito de las migraciones internas. Tener en cuenta este hecho nos parece, sin embargo, sustancial para entender la constitución de micro-universos residenciales, laborales o sociales relativamente cerrados, cosa que posee repercusiones y consecuencias en los mecanismos identitarios.

Si vinculamos todas estas consideraciones al propósito de nuestro artículo podemos formular la hipótesis de que cuanto más difíciles son las condiciones de emigración para el individuo, más importancia tendrán los vínculos de parentesco y, en general, los lazos de interdependencia personal en el proceso de integración social. Estas dificultades pueden provenir de la propia situación de los emigrantes: de su pobreza, de la falta de contacto previo con realidades urbanas, de su analfabetismo o de su escasa preparación profesional. Pero tales dificultades pueden provenir también de la falta de medios institucionales puestos a su alcance para solucionar los problemas vitales y eminentemente prácticos que se originan en la sociedad receptora como consecuencia de la inmigración masiva: falta de viviendas, escuelas, trabajo, asistencia médica, etc.

En tales condiciones, la solidaridad y la ayuda mutua constituyen la base de la sobrevivencia, mitigan el traumatismo de la llegada a un nuevo contexto social y posibilitan la adaptación (Kemper, 1970; Petonett, 1982). La reconstrucción de antiguos lazos sociales en un nuevo contexto resulta así *la condición misma para la reproducción del grupo doméstico* y, de forma general, para la inserción social de los emigrantes (cfr. Cordell & Beckerman, 1980; Buechler & Buechler, 1987).

Nuestro artículo se centra exclusivamente en las condiciones de inserción social y en los mecanismos identitarios de la clase obrera. En el caso de las clases medias la emigración es marcadamente individual, y supone, por tanto, mayor dispersión, apareciendo en primer plano desde sus mismos inicios las estrategias individuales, que se anteponen a las solidaridades colectivas de los grupos primarios. Ello es así porque los individuos poseen de hecho menores dificultades de adaptación y mejores posibilidades para acceder a los recursos sociales del entorno. Esto no implica que los lazos de dependencia personal se encuentren absolutamente ausentes: precisamente las familias de clase media pueden ser muy competentes en el uso de la red de parentesco para conseguir sus metas individuales o de grupo en relación a fines educacionales o profesionales, por ejemplo. La diferencia respecto a las formas de emigración más precarias es que las redes de parentesco o comunitarias no constituyen, en el caso de las clases medias, la *condición* para que la emigración y la inserción social sean posibles, aunque sí pueden ser un buen instrumento para facilitar la movilidad social o, como sucede también entre las élites, para preservar su situación social.

Los análisis empíricos que presentamos a continuación se proponen establecer la naturaleza y dinámica de los vínculos sociales que aparecen en los procesos migratorios de la clase obrera y analizar sus consecuencias en la integración cultural (entendida no sólo como asimilación, sino también como participación en la creación de nuevos universos simbólicos): ¿hasta qué punto los microuniversos constituidos por los lazos de dependencia personal, al ser relativamente cerrados e impermeables, facilitan, retrasan o impiden la identificación con objetivos globales a nivel societario? En definitiva, queremos plantear cuál es el papel de los lazos sociales en la reproducción de los grupos domésticos que se ven obligados a emigrar y en la construcción de su identidad. Para ello nos basaremos en el abundante material etnográfico de que disponemos sobre diferentes barrios obreros de Tarragona, que incluye dos centenares de historias de vida de inmigrantes de diferentes zonas de España, especialmente andaluces, aragoneses, castellano manchegos y extremeños.

## FAMILIA, PARENTESCO Y MIGRACIÓN

El marco de análisis específico, al que vamos a referir nuestro análisis de la migración familiar y la reconstrucción de las identidades colectivas, se centra en los barrios periféricos de la ciudad de Tarragona, surgidos desde mediados de los años 50 y que abarcan una población total de unos 50.000 habitantes. Se trata de un crecimiento urbano surgido fundamentalmente al amparo de la creación del gran complejo petroquímico de Tarragona.

Este crecimiento urbano posee rasgos peculiares, que hacen del proceso un caso interesante. Se trata de asentamientos de población situados a bastante distancia del centro urbano y surgidos como núcleos independientes entre sí, ubicados a lo largo de las carreteras que cruzan Tarragona (las generales de Valencia y Lérida, y la comarcal Tarragona-Santes Creus). La conformación del poblamiento de alguno de estos barrios, que ha sido ya descrito en otros trabajos (cfr. Pujadas & Comas d'Argemir, 1984; Pujadas & Bardají, 1987), nos va a servir para ilustrar el papel de la familia y de las relaciones de parentesco en la modalidad de emigración en cadena, y sus consecuencias en la constitución de los lazos sociales que mediatizan los procesos de inserción social y la construcción de las identidades colectivas.

El papel que la *parentela* juega en la reproducción de los *grupos domésticos* y de los *ciclos familiares* constituye uno de los ejes centrales de nuestro trabajo. En otro lugar (cfr. Comas d'Argemir et al., 1990) mostrábamos cómo la red de parentesco mediatizaba el proceso de migración así como la resolución de las necesidades más inmediatas que se plantean a los individuos en su integración a la sociedad receptora. Nuestro argumento central es que aquellos mecanismos de solidaridad o identidad, que explican esa sucesión en cadena que lleva a los individuos desde su lugar de origen hasta sus residencias actuales de Tarragona, sirven también de forma muy significativa para estructurar la forma cómo esos nuevos migrantes se ubican y se organizan en su nuevo asentamiento, especialmente en aquellos casos en que la migración ha sido masiva y se ha realizado en un corto espacio de tiempo. En estos casos, sobre todo, existe una mayor tendencia a crear núcleos de vecinalidad, esto es, a constituir agrupaciones residenciales, alrededor de la vivienda de alguno de los pioneros de la propia *red parental*.

En todo proceso migratorio hay que distinguir entre el grupo de individuos a los que denominaremos *pioneros* y aquellos otros a los que denominaremos *seguidores*. Mientras los primeros son la punta de lanza que inicia la aventura de la búsqueda de trabajo en un contexto social desconocido, los segundos constituyen la extensión familiar de esos pioneros. La mayor parte de las biografías recogidas nos señalan la existencia de un pariente y/o paisano, previamente instalado en Tarragona, que explica la forma cómo los nuevos in-

migrantes se instalan en su nueva residencia y cómo consiguen su primer trabajo. Como señala una informante, su marido llegó a Tarragona en busca de trabajo, basándose en la presencia en esta ciudad de una hermana suya: «Santiago se vino aquí en invierno, un poco a la ventura y como había empezado la obra del puerto, que duró cinco o seis años, se vino a probar. Estuvo desde diciembre hasta febrero, estaba en casa de mi hermana» (C.H.B.). O esta otra, que describe también la importancia de los parientes en las fases iniciales de la emigración: «Por fin llegamos a Cataluña... en la estación nos esperaban mi padre y mis tíos, el tío Luis y la tía Bárbara, pues mis tíos ya estaban en Cataluña antes que mi padre, pues fueron ellos los que nos escribieron de que aquí había trabajo. Nos fuimos a vivir con ellos: tenían una especie de casa, que no era casa ni nada, era como una especie de almacén y había un atillo que era una especie de habitación donde ellos dormían, y nosotros estuvimos una noche o dos abajo, en el almacén...» (R.T.M.).

El carácter sustantivo, imprescindible casi, de las relaciones de parentesco en el suministro de la información, ayuda y orientación a los nuevos inmigrantes (que tan básicas son en las etapas iniciales del proceso migratorio) resulta especialmente significativo cuando se carece de este soporte y fracasan las expectativas depositadas en el cambio de trabajo y de residencia. Así, una informante, E.J.R., marchó a Barcelona, junto con su marido y una hija. Los problemas prácticos con que se encontraron en la organización de la vida laboral y familiar obligaron a volver a todos de nuevo a Badajoz. Buscaron entonces nuevos lugares donde vivir, seleccionándolos entonces a partir de la existencia en ellos de alguna persona emparentada. Marcharon así a San Sebastián, luego a Vitoria, para quedarse finalmente en Tarragona, que es donde encontraron condiciones de vida más satisfactorias.

El relato de M.B. es también extraordinariamente significativo al respecto, pues muestra la total desprotección que se siente ante la ausencia de los parientes que se esperaba encontrar (y que más tarde aparecerían en su ayuda). La angustia queda bien patente en sus palabras:

Mi padre no se quería marchar, fue mi madre la que insistió. Lo vendió todo: las camas, los colchones, las cosas de cocina, los muebles. Todavía recuerdo el viaje... Fue larguísimo, duró tres días... Y cuando llegamos era de noche. Nosotros no sabíamos a qué hora llegaba el tren, y llegó de noche... ¡Y no nos esperaba nadie! ¡Fíjate, no nos esperaba nadie! No sabíamos qué hacer... si ir hacia la derecha o hacia la izquierda. Mi padre ya se quería volver, pero no podía ser, ya no teníamos nada, y estábamos aquí.

En estas circunstancias sería un error insistir en la idea de que es la familia nuclear o grupo doméstico la unidad social primaria, que define y estructura la inserción de los individuos en el marco societario más general. Como tendremos oportunidad de comprobar, las condiciones duras de los primeros



años de la migración obrera suponen la movilización y la solidaridad de una serie de estructuras, basadas en la parentela y también, aunque de forma subsidiaria, en las relaciones étnicas o de paisanaje.

Las *redes parentales* son la estructura social sobre la que reposa esa estrategia migratoria en forma de cadena. Aquéllas se fundamentan en el sentimiento de solidaridad y ayuda mutua, como base para garantizar la reproducción social de sus miembros. La ayuda económica y las contraprestaciones de servicios son sus instrumentos y éstos se activan a través del espacio y del tiempo. Si bien la mayor parte de las ejemplificaciones de que disponemos nos muestran cómo son los *pioneros* los que llevan la parte más activa en la ayuda de los *seguidores* que van llegando de su pueblo de origen, también disponemos de una buena base documental para ilustrar cómo son a veces los remanentes humanos residentes en el pueblo los que se desplazan a la ciudad para ayudar en momentos de enfermedad o de crisis reproductiva.

En el caso de A.M.R., su llegada a Cataluña se produce en el momento en que su hermana Rosa está a punto de dar a luz por primera vez, sin disponer de ningún familiar cerca de su entorno, dispuesto a socorrerla: «A los 25 años me vine a Cataluña. Llegué a Santa Coloma de Queralt el 4 de agosto de 1961. *El motivo de mi venida fue para cuidar y ayudar a mi hermana Rosa*, que estaba a punto de parir. Ella se había venido un año antes, al casarse. En realidad tenía que haber sido mi madre quien tenía que haber venido, pero ella se mareaba y éste era un viaje muy largo (desde Almería). Además hacía ya casi un año que yo no trabajaba. *Por esas razones me tocó venir a mí*».

De este caso, quisiéramos destacar el sentido de deber que se explicita en nuestro subrayado. Los patrones de conducta parental se proyectan no sólo a los allegados residentes en el entorno geográfico inmediato, sino también a todos aquéllos que han desaparecido por migración del marco originario. De igual forma los residentes en Tarragona, aún después de los años, siguen estando presentes en sus comunidades de origen, siempre y cuando queden allí parientes necesitados de su ayuda.

Uno de los casos más frecuentes es el de las personas de mediana edad que dejaron atrás a sus padres, ya ancianos. Muchos de ellos vienen a Tarragona a pasar los últimos años de su vida, atraídos por sus hijos, quienes pese a los patrones de vida urbana no desean «abandonar» a sus mayores. La integración de estos ancianos en el contexto de los barrios no es sencilla, pero aun así aquéllos de entre ellos que se encuentran en buen estado de salud siguen ayudando a sus hijos e hijas, casados y con descendencia, especialmente si en las parejas trabajan marido y mujer. Resulta realmente significativa la forma cómo se tiende a maximizar la aportación que cada miembro de la parentela pueda ofrecer al conjunto: «... mi madre tiene ya casi 80 años y todavía sigue

cosiendo, ayudándome a mí a rematar los bajos de los pantalones y faldas. Mi padre también ayudó hasta que cayó enfermo, iba siempre a buscar a los críos a la escuela...» (R.G.M).

Aquellas parentelas cuyos ancianos quedaron atrás y se mantuvieron irreductibles a las llamadas de sus hijos para venir con ellos a Cataluña son objeto de un cuidado compartido, que tiende a organizarse por turnos, en función de las disponibilidades de los miembros de cada parentela. Una de nuestras informantes tenía a sus padres en Osuna, su pueblo natal. La larga enfermedad de su padre requirió viajes constantes para estar al lado de la madre, ya bastante anciana. En esta tarea se fueron turnando los cuatro hermanos, residentes todos en Tarragona en aquella época. Las vacaciones estivales de éstos se escalonaban de forma que se cubrían casi tres meses seguidos y, además, nuestra informante permanecía allí otras temporadas, ya que por aquel entonces carecía de trabajo asalariado. Durante las ausencias de su hogar en Tarragona, una hermana se encargaba de la limpieza de su piso, mientras otra hacía la comida para su marido y sus dos hijos. Tras la muerte del padre, la madre accedió a venirse a Cataluña y hoy se encuentra viviendo con nuestra informante en su piso, pero a veces se va a Manresa a pasar una temporada en casa de otro hijo. De todos modos no se trata de esa modalidad de asistencia residencial rotativa en la que se ven implicados bastantes ancianos, padres de inmigrantes: «A mí eso de irse quitando de encima a los padres me parece muy mal, ¿no son ellos los que nos criaron y nos hicieron gente de bien?, ¿cómo voy a decirle yo a mi madre: oye mira que aquí tenemos poco espacio, vete una temporada a casa de tal y tal? Yo la dejo que ella haga lo que quiera. Que quiere entrar o salir, pues muy bien!» (R.M.P.).

### *PARENTES, PAISANOS Y REDES SOCIALES COMUNITARIAS*

Dentro de nuestro argumento principal insistíamos en la funcionalidad de la parentela como condición de la reproducción de las unidades domésticas nucleares. Más allá de esa situación de *communitas parental* ya descrita, las tupidas redes parentales siguen cumpliendo su función integradora por medio de una multiplicidad de estrategias, que pueden extenderse, además, a otros vínculos sociales, como los de vecinaje o los de pertenencia a una misma comunidad de origen. Efectivamente, es muy frecuente que la moralidad del parentesco se traslade a las relaciones de paisanaje o de vecindad (que, a su vez, pueden ser coincidentes), hasta tal punto que los límites entre ellas pueden llegar a difuminarse e, incluso, desaparecer. Esta traslación se muestra de forma nítida en este relato:

La familia de mi marido apenas nos ayudó, pues no se trataba de querer, sino de poder, y ellos realmente no podían. (...) Pero los paisanos y amigos que habían venido antes que nosotros —eran muy numerosos— nos animaban continuamente... Poco más podían hacer, pues todos estábamos igual: el comienzo era duro para casi todos, pero el hecho de estar entre gente conocida ya era mucho, pues no pesaban tanto las dificultades económicas y materiales como el problema de adaptarse a la nueva situación. *Formábamos una familia y nos ayudábamos mutuamente*, haciendo todo lo posible... en la medida de nuestras fuerzas... (F.M.A.)

En estas palabras se expresa la importancia de la ayuda mutua en las primeras fases de instalación de los inmigrados. Pero las contraprestaciones entre las personas pueden producirse a varios niveles. La situación más general se da en el ámbito del trabajo femenino. La articulación entre las responsabilidades domésticas y el trabajo asalariado requieren normalmente de una estrategia de complementariedad que se organiza en el ámbito más amplio de la parentela y del vecinaje. En este sentido es frecuente la función de las abuelas, cuñadas, hijas o hermanas como personas que se hacen cargo de los hijos pequeños de mujeres asalariadas, como es el caso de R.T.M.: «Al tener que volver a trabajar tuve que dejar a la niña en casa de mis suegros, pues mis padres no podían cuidarla, ya que se encargaban de los hijos de otra hermana».

Disponemos de bastantes ejemplos en los que hermanas o cuñadas de una misma parentela, empleadas de hogar a horas, combinan sus horarios de trabajo externo para repartirse el cuidado de los niños respectivos y hasta para cocinar para los maridos de la otra u otras. Esta flexibilidad extrema de los grupos domésticos de una misma parentela para adaptar sus propias estrategias de organización doméstica y laboral a la lógica más amplia de los intereses y necesidades del grupo (o, mejor, de partes muy definidas de él) nos muestra ese carácter de la parentela como unidad social primaria.

La enfermedad y la muerte, junto a los rituales familiares cíclicos, representan en todo caso el lubricante constante para el engrase de esos mecanismos parentales. Esas personas que han experimentado de forma tan prolongada la *communitas parental* se vuelcan literalmente para ayudar a sus familiares en los casos de desgracia e infortunio, pues es la desgracia y el infortunio, en el fondo, aquello que se han acostumbrado a compartir, y aquello que más une a las personas. D.L.M., por ejemplo, tiene como vecina a una hermana suya, sordomuda y madre de cuatro hijos, que recibe constantemente su ayuda y recibe a cambio todo tipo de contraprestaciones de aquélla, mientras nuestra informante está en su trabajo. Su proximidad residencial representa en este caso la condición necesaria para la plena realización de ese programa de ayuda mutua: «los parientes estamos para eso, para estar al lado de nuestra familia cuando lo necesita. Si no, ya me dirás» (D.L.M.). La muerte de alguna persona, por su parte, constituye una de las situaciones en que se moviliza de forma más amplia toda la red de parientes, vecinos y paisanos, que

acudiendo al entierro expresan de forma ritual el funcionamiento de las redes sociales comunitarias.

Otra dimensión relevante de los grupos parentales es su capacidad de movilización dentro de la micro-política de barrio. En Bonavista, uno de los barrios que mejor conocemos, se habla siempre de «clan» para referirse a uno de estos grupos, procedente de un pueblo de la provincia de Córdoba y al que denominaremos «los Archidona». Se trata de un grupo familiar nucleado por tres hermanos con sus cónyuges y descendencia, una decena de primos y primas con todos los demás parientes afines, más las familias de las esposas de los tres hermanos Archidona. El grupo abarca, entre parientes y afines a un centenar y medio de personas que a lo largo de varios lustros han dado muestras de su unidad de acción como seguidores incondicionales del líder del grupo, destacado líder sindical, político y vecinal. Una informante, miembro de una fracción política enfrentada a los Archidona dentro de la Asociación de Vecinos, nos argumentaba que el poder de aquéllos era casi insuperable «porque ellos son mucha familia» (M.B.). Dentro de esta lógica no hay liderazgo posible si uno no cuenta con clientes suficientes y éstos surgen, esencialmente, de las filas del propio grupo parental.

De todos modos, sería exagerado suponer que las relaciones sociales y los sentimientos de pertenencia se fundamentan exclusiva o básicamente, a nivel de barrio, en estas solidaridades basadas en el parentesco. Otro elemento esencial son las *relaciones de paisanaje*. Un reflejo de las mismas se manifiesta a través de la sociabilidad masculina, que adopta la forma de grupos de amigos que se reúnen diariamente durante varias horas en los bares locales. Nuevamente Bonavista nos proporciona el ejemplo más estructurado de este fenómeno. Allí podemos encontrar bares como el Benamejí, el Extremeño y otros muchos, en los que el origen tiende a agrupar a los paisanos, aunque no a todos, a partir de un cierto principio segmentario, que tiende a articular y diferenciar el común origen andaluz de la mayoría de la población. Existen unos ochenta bares y todos ellos poseen su parroquia de incondicionales, formada por los parientes, vecinos o paisanos del dueño, aunque tampoco es raro ver a los grupos de amigos «hacer la ronda», visitando todos los bares regentados por algún miembro de esa multifacética esfera de sociabilidad. En el fondo, ir a tomar copas al bar de un pariente o paisano es, también, una obligación moral.

Queda claro, que los límites entre parentesco, paisanaje, vecindad o amistad son borrosos, en tanto que mecanismos de movilización y de organización de la propia identidad social de los individuos. Una estrategia paralela a la usada por los hombres respecto a los bares, la observamos también en el caso de las mujeres respecto de las tiendas adonde van a comprar. Es raro encontrar a una mujer en Bonavista que compre tan sólo en un comercio. Se tiende a re-

partir el gasto en diferentes tiendas, tanto para mantener la solidaridad respecto de los múltiples aliados que cada individuo tiene en el barrio, como para ampliar la base social de las propias relaciones, pero también para poder mantener el control social sobre los individuos de forma más eficiente. Las tiendas en Bonavista, como en cualquier comunidad cerrada, son mentideros de primera magnitud, que refuerzan la cohesión social, el clientelismo y la consolidación de casi-grupos.

### PROCESOS DE FUSIÓN: LOS CONGLOMERADOS FAMILIARES

Pasemos ahora a describir la forma concreta de activación de esos mecanismos parentales de solidaridad y de ayuda mutua. En otro trabajo (cfr. Pujadas, 1988) se introdujo el concepto de *conglomerados familiares* para intentar describir algunas situaciones en las que las unidades domésticas son suplantadas por un tipo de estructura que formalmente podría coincidir con verdaderas *familias extensas*. Se trata de situaciones como las que recoge esta breve descripción: «Cuando llegamos a Tarragona mi hermano vivía en Entrevías (zona de chabolas). Nos pusimos allí todos juntos, éramos trece en total. Luego (tres años más tarde) compramos un terreno en Bonavista y estuvimos más de un año y medio para construir una casa de planta baja y allí nos trasladamos todos. A lo primero estábamos casi peor, porque había menos espacio, pero ya estábamos en una casa...» (J.P.M.). Un año después todo el grupo acabó de construir una segunda casa al lado de la anterior y el grupo doméstico del informante se instaló allí. Pero todavía durante varios años más se mantuvieron las costumbres adquiridas tras más de cuatro años de coresidencia. Comían juntos, la economía doméstica era común, los hombres (cuñados entre sí) trabajaban en las mismas obras y las dos hermanas organizaban conjuntamente el trabajo doméstico, el cuidado de los respectivos hijos pequeños y el trabajo doméstico a domicilio, en el que se turnaban y del que partían los beneficios. Es difícil establecer para las propias informantes a partir de qué momento los dos grupos domésticos fueron adquiriendo la progresiva individualización que evoluciona hasta la «normalidad» que muestran hoy en día. Tal vez, señalan, podría influir el hecho de que los dos cuñados empezaron a trabajar en sitios diferentes y que uno de ellos está hoy en día mejor situado laboralmente que el otro. Sin embargo muchos de los rasgos de la convivialidad compartida siguen presentes en sus patrones de interacción.

Este caso presentado, aun siendo tal vez extremo por lo que representa de total suplantación de la estructura nuclear doméstica por otro tipo de estructura (conglomerado familiar), no constituye un caso aislado. De forma más o menos alejada respecto de este modelo paradigmático, en la casi totalidad de

los casos analizados (unos cuarenta) en los que la primera residencia fue una chabola y se pasó posteriormente a la autoconstrucción de la/s propia/s vivienda/s, se constata la existencia de esta estructura de conglomerado que tiende a sustituir casi totalmente las funciones de la unidad nuclear. Un observador directo del proceso, Domingo Caamaño, nos señala algunos de los rasgos de este proceso, añadiendo un cierto tono épico a las circunstancias:

En aquella época (principios de los años 60) se construyeron en el barrio viviendas de planta baja en masa. La gente compraba los solares a plazos y cada semana pagaban una cantidad. Compraban los materiales también a plazos. Joaquín «Porto» era quien les vendía el material. Y cada semana, del mismo jornal que ganaban iban construyendo la vivienda. Vivían como podían en casa de algún amigo o pariente, quienes también les ayudaban en la construcción. Primero hacían la de unos y luego la de otros. Cuando tenían construido las cuatro paredes y el techo, lo justo para cubrirse de la lluvia, ya se metían a vivir allí dentro... Con sus sudores iban levantando la vivienda, con ayuda de sus mujeres y de sus hijos. Se cobraba entonces 18 pesetas de sueldo base. Aquello era una sangría: no tenían descanso, ni domingos ni festivos. Hacían horas extras y, además, a las horas de descanso se metían con su casa hasta las diez de la noche y luego, el día siguiente, a las seis, al trabajo otra vez. (D.C.).

Para no caer en la reificación del modelo que acabamos de presentar, hay que insistir en el carácter temporal y excepcional de tal tipo de estructura. Parece evidente, al menos por los datos de que disponemos, que cuanto mayor es la precariedad y más largo es el proceso de superación de la crisis de reproducción familiar, más intensa y prolongada es esta situación de convivialidad doméstica en forma de conglomerado. Otro rasgo que tiende a perfilarse en nuestro material etnográfico es la tendencia matrifocal de estas estructuras. De forma general se puede argumentar que las relaciones entre hermanas tienden a ser más estables y duraderas que las relaciones entre cuñadas en el espacio doméstico compartido. Las excepciones a esta tendencia se marcan especialmente en aquellos casos en que dos o más hermanos varones comparten un mismo negocio. Tenemos en este sentido varios ejemplos de pequeñas empresas de construcción de tipo familiar. Éste es uno de los pocos casos en los que la dimensión laboral-ocupacional de los hombres tiende a ser estructurante y determinante en la configuración de las relaciones en el ámbito doméstico, siendo entonces las cuñadas también esposas de los socios del propio marido.

### *PROCESOS DE FISIÓN: HACIA LA NUCLEARIDAD DE LOS GRUPOS DOMÉSTICOS*

Tal como hemos podido comprobar en el apartado anterior, la fusión de varios grupos domésticos en conglomerados unitarios forma parte de una de

las lógicas posibles de funcionamiento de las parentelas. Tal dinámica constituye una muestra de cómo la red de parientes puede asumir la función de ser una especie de «refugio» que contribuye a solventar las situaciones críticas, así como los problemas de sobrevivencia y de adaptación, que difícilmente los individuos podrían resolver contando sólo con sus propias fuerzas. Las consecuencias para la movilidad social pueden ser, sin embargo, de naturaleza diferente e, incluso, contrapuestas. El soporte económico y emocional que suministra la red de parentesco puede crear dependencia respecto a él y constituir un obstáculo para la movilidad social de los individuos, que, atrapados por el cúmulo de obligaciones y recompensas emocionales del familismo, no se plantean estrategias individuales de vida o de trabajo (cfr. Sussman, 1980). En estas circunstancias es cuando la estabilidad aparece como virtud y el familismo puede resultar un factor condicionante de las trayectorias laborales o residenciales de los individuos.

Pero también se producen situaciones bien diferentes. Dada la naturaleza flexible, coyuntural y versátil de los vínculos de parentesco, sobre la que tanto hemos ido insistiendo, aquellos procesos de fusión pueden ser fácilmente suplantados por otros de signo contrario, por procesos de *fisión*, que segregan del conjunto parental o vecinal grupos domésticos que funcionan según la lógica de la nuclearidad. Es frecuente que ello se produzca en situaciones de movilidad social ascendente, que pueden generarse una vez superadas las etapas iniciales de la emigración y asentamiento. Cuando los grupos domésticos consiguen cierto bienestar material y la competencia en el uso de los recursos sociales del entorno, pueden funcionar más fácilmente de forma independiente respecto a otros grupos. Los lazos de parentesco que en su momento facilitaron la adaptación a los retos impuestos por la dinámica social, dejan de ser *condición* para la existencia y reproducción de tales grupos domésticos. En esta medida, los individuos no sólo pueden prescindir de la ayuda de parientes y vecinos, sino que pueden iniciar, además, un proceso de desvinculación respecto a ellos, en su búsqueda de patrones de residencia y modelos culturales que los asimila a las aspiraciones de las clases medias. Se trata de una lógica que puede seguirse muy bien en el barrio de Bonavista, tal como explica J.T.M., un dirigente obrero que asiste con pesar al proceso de desclasamiento de algunos de su convecinos:

Aquí se dan casos (y a mí me da lástima eso) de gente que yo conozco, que han pasado más hambre que un caracol pegado a una lata, y miseria, y yo les he visto venir aquí (a Bonavista) como hemos venido todos, se han situado un poco y ahora ya se van a Tarragona. El piso que tienen aquí lo venden o lo cambian, y se van a Tarragona. (...) Y esta gente se van del barrio porque ya se sienten diferentes: piensan que sus hijos aquí están perdiendo... no sé, que se desprestigian por estar revueltos con los del barrio. Esto lo consideran ya una cosa baja... A mí me da pena eso. (...) Y los que se van a vivir a Tarragona, a lo mejor se van a una vivienda

mucho peor que la que tienen aquí: yo conozco muchos de éstos. Para ellos irse a vivir a Tarragona es ya un prestigio. Y yo a esas personas las he conocido y sé que han sido lo más bajo que ha habido en el pueblo, y fijate qué mentalidad. Esta gente me da mucha pena. Yo estoy con la gente que es obrera, que se siente obrera y que va a estar con los obreros toda su vida (J.T.M.).

La cita precedente muestra cómo el proceso de fisión, de individualización, de los grupos domésticos, se manifiesta a través del carácter marcadamente simbólico que posee el barrio como lugar de residencia. Internamente, la percepción que la gente posee de él, está condicionada por el grado de implicación con el barrio, así como por los modelos culturales respecto a las distintas formas de habitaje. Así, aquellas personas que construyeron ellos mismos sus casas y que consagraron tanto esfuerzo a la consecución y mejora de su espacio residencial, tienen conciencia de haber participado directamente en la construcción del propio barrio, que sienten como algo suyo y con el que se identifican íntimamente. Pero este sentimiento se difumina cuando existe la posibilidad de adquirir una vivienda en barrios que se consideran de mayor prestigio, como La Granja, San Pedro y San Pablo, o, mejor aún, en el núcleo central de Tarragona, puesto que ello se percibe como un signo inequívoco de mejora económica y de ascenso social, a veces más simbólico que real, pero que tiene bastante peso entre las generaciones más jóvenes o entre los que han conseguido mejores económicas de importancia.

La identificación negativa del barrio de Bonavista tiene su origen en la etapa en que se iniciaron las obras de autoconstrucción de las viviendas y la progresiva instalación de sus residentes, sin que hubiera aún servicios ni equipamiento urbano alguno. Durante unos años el barrio contó con todos los estigmas de la pobreza y la marginalidad, y externamente, la gente se refería a Bonavista como «la ciudad sin ley», sobre todo después del suceso conocido como el «crimen del hacha», que llevó al barrio a las primeras páginas de la prensa local. Esto explica actitudes como las de otro informante, J.A.G., quien en la época contaba con gran número de parientes y paisanos en Bonavista; sin embargo, en lugar de establecerse cerca de ellos, como estaban haciendo otros muchos, él buscó piso en el centro de Tarragona, pues no quería ser identificado como uno más de los emigrantes pobres: «*Para irme a un sitio como Bonavista o Torreforta, ya me quedaba en el pueblo*». Es evidente la carga simbólica que poseen sus palabras y cómo a través de la distancia en el espacio quiere marcarse la distancia social. La segregación residencial de la unidad doméstica respecto del conjunto de la parentela se produjo, significativamente, unos años después de que J.A.G. llegara a Cataluña y consiguiera superar las primeras dificultades de adaptación gracias, entonces sí, a la ayuda de algunos parientes que estaban en situación similar a la suya, pero con los que más tarde no querría ser asimilado. Ello no obsta para que



los componentes de esta unidad doméstica acudan frecuentemente a Bonavista para visitar a su parentela, en ocasión de las fiestas, o para asistir a algún entierro.

Podemos llegar a hablar de un **modelo acordeón** para referirnos a esa capacidad de permanente movilización que activa los mecanismos de solidaridad para dejar que se desinflen cuando las circunstancias hacen innecesaria dicha movilización. Ese reflujo en la intensidad y en la cotidianidad de las relaciones más allá de las fronteras de la familia nuclear son ahora, veinticinco años después de la constitución de los barrios de Tarragona y de la construcción de las primeras casas por parte de las familias, la situación normal. Ello no le quita fuerza al argumento de que los parientes siempre están ahí, en el horizonte mental de los individuos, como la garantía más clara de poder superar cualquier situación de adversidad. Estructurando, por otra parte, el universo cognitivo del continuum socio-parental.

## LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD

El sentimiento de pertenencia no se construye con independencia de los vínculos sociales que entretejen las relaciones entre las personas y las sitúan en el conjunto societario. Cuando tales vínculos se han construido a partir de las cadenas migratorias y cuando son las relaciones de parentesco y paisanaje las que mediatizan el proceso de inserción a la sociedad receptora hay que considerar, como mínimo, dos aspectos que forman parte de una misma dinámica. Por un lado, la clase e intensidad de lazos que se mantienen con el lugar de origen; por otro, la formación de un tejido social que, al estar constituido por parientes y paisanos, es relativamente cerrado y homogéneo.

Existe un porcentaje importante de personas entrevistadas que declaran haber roto todo vínculo con su lugar de origen, como esta informante de Palenciana (Córdoba): «Yo en el pueblo ya no tengo a nadie, no tengo casa... Mis padres, hermanos, todos están aquí; bueno tengo un hermano en Córdoba. Entonces me da pena ir y tenerme que alojar en otro sitio, habiendo tenido yo una casa» (A.T.). En los treinta y cinco años que esta mujer lleva viviendo en Cataluña tan sólo ha vuelto tres veces a su pueblo natal en época de vacaciones, pero lo más significativo es que ahora hace ya diecisiete años que estuvo por última vez y tiene el firme propósito de no volver. Sin embargo, tanto ella como su marido están interesados por conocer el resto de Andalucía, que han visitado en pocas ocasiones y de forma puntual.

Otra informante de Vilches (Jaén) es todavía más radical. Llegó a Tarragona con once años en 1959 y no ha vuelto nunca a su lugar natal. La situación de extrema pobreza de su familia en el lugar de origen la hace rememorar su

infancia como algo lleno de angustias y de tristeza, que se añade a los durísimos primeros años de residencia en Tarragona, en los que tuvieron que vivir en un barrio de chabolas con unas condiciones infrahumanas. Ahora, situada, con una pequeña tienda y propietaria de dos pisos en el barrio de Bonavista, afirma: «A mí de aquí ya no me echan. Yo de aquí no me iré nunca». Ahondando sobre su sistema de representación del espacio, pudimos comprobar que no se hace una idea precisa de donde está situada Andalucía. Su único referente claro son los tres días de incomodidad y sufrimiento del viaje de venida, que la hacen conceptualizar Andalucía como un espacio remoto y segregado de su actual microuniverso socioespacial, que se restringe a su barrio de residencia y, como mucho, al ámbito de Tarragona. Son contadas las veces, por ejemplo, que ha visitado Barcelona o cualquier otra ciudad del entorno. Su realidad, su mundo, se ha construido en torno al barrio, que es un espacio conocido y en el que se desarrollan todas sus relaciones sociales; el resto es un mundo externo que no le atrae para nada.

Un caso distinto es el de J.T.M., un conocido dirigente sindical, a través del que puede ilustrarse la dimensión integrativa de la parentela y de la vecinalidad en un sentido positivo; esto es, como resultado de un proceso de construcción de su propia realidad social inmediata, no cerrada a otras alternativas y que, además, no es el resultado de falta de otras alternativas posibles. Cedámosle la palabra:

En el pueblo tengo todavía buenos amigos de la infancia, pero familia no tengo ninguna. Tengo algún pariente lejano, del lado de mi madre, pero de la familia de mi padre no tengo a nadie. Mi padre murió en el dichoso año 46 (el año del hambre). Mi madre murió aquí. Éramos tres hermanos y yo el más pequeño. Me quedé solo en el pueblo al emigrar mis hermanos. Y cuando me vine, la quise traer, pero ella dijo que no. Luego cuando fue más mayor, al estar sola, sí que la traje. Mi hermano mayor fue el primero que salió del pueblo, pues era el que tenía mayor familia. Cuando yo vine aquí él estaba en Burgos, era el encargado de construcción en una obra, pero se le acabó el trabajo y me lo traje aquí en el 59 y se estableció, empezando a trabajar en Fomento y estuvo unos veinte años de encargado; después me traje al del medio y le compré un solar en la calle 9 y se hizo una casita como yo. Empezó a trabajar de payés como yo, después se metió conmigo en la ALENA y ahí se ha jubilado. (J.T.M.).

Por lo que respecta a los lazos con el lugar de origen, este mismo informante es una persona que gusta de viajar y visita con una cierta regularidad tanto su comunidad originaria como otros muchos lugares de su Andalucía natal. La experiencia suele resultar agrídulce:

Treinta y tantos años viviendo aquí pesan mucho para que uno sienta grandes deseos de volver (...) Cuando volvemos por el pueblo, esto lo adoro, pero aquello lo sueño, aquello es una alegría inmensa. Cuando llego al límite de la provincia de Jaén y veo el cartel de "Andalucía. Provincia: Jaén", gritamos de alegría. Pero llegas allí, estás cuatro días, ves a la familia, bueno,

la de mi mujer, y los amigos que tienen, y los pocos amigos míos que van quedando. Porque cuando tu llegas allí ya te consideran un extraño, eres un forastero (J.T.M.).

Frente a este problema de la *doble negación identitaria*, esto es, de ser y/o sentirse forastero en Cataluña y en el lugar de origen, la cuestión a plantearse es cómo se construye su sistema de representaciones, cómo y en qué sentido se activa esa función nómica de la que hablaban Berger y Luckmann (1988). En el caso concreto de los colectivos que hemos caracterizado en las páginas precedentes (conglomerados parentales que han requerido de buena parte de su vida adulta para crear las condiciones de su propia reproducción individual y familiar) la tendencia más marcada se dirige hacia la negación del conflicto étnico que se deriva de su desarraigo social respecto del país de origen y de la falta de arraigo cultural con relación al país de residencia. Esa doble extranjería configura la *cara oscura* de su ser existencial.

Esa oscuridad que dimana de un conflicto que no está en las manos de los actores sociales resolver, tiende a ser arrinconado, solapado, pasando por delante esa realidad sustantiva de la cotidianidad, la vida social de la pequeña comunidad, del barrio, que ellos sí han creado con su propio esfuerzo. El barrio tiende a ser entonces el objeto de su elaboración simbólica, constituye el epicentro de sus vidas. Se trata de la *cara diurna y luminosa*, que puede ser presentada en público, sublimándola, como hace un vecino de Bonavista, al preguntarle por su identidad étnica:

El apego por Buenavista lo siento yo porque prácticamente llevo más de la mitad de vida aquí y, entonces, tengo que adoptar por patria Buenavista... El problema es muy gordo porque hay gente que, igual que yo te he dicho de mi familia, arrancó de raíz de Andalucía. No hay raíces que me llamen, sino me llama na más que una nostalgia de haber estado allí unos tiempos de infancia, que tienen raíces en Andalucía y eso se junta con la nostalgia y eso tira... y entonces en cualquier fiesta quieren conmemorar la nostalgia andaluza o extremeña. (G.Q.).

Ahondando más allá en la cuestión, el propio informante reconoce que esa conceptualización del barrio como patria chica conlleva problemas, primero porque no resuelve el conflicto identitario de su doble adscripción (o, mejor, de su *doble media adscripción*, como casi-catalanes y casi-andaluces); en segundo lugar porque algunos de esos barrios, como Bonavista, tienden a ser negados y rechazados socialmente por parte de la población del centro de Tarragona, por sus connotaciones históricas de barrio lumpen. «Como patria, Buenavista no tiene sentido, es una patria muy chica, y además con la propaganda burguesa se ha sentido tan discriminada; se da el caso de que mucha gente, viviendo aquí, les da vergüenza decir que viven en Buenavista» (G.Q.).

Pero la cuestión de fondo es que la reconstrucción de los antiguos lazos so-

ante las dificultades de adaptación a un nuevo contexto del que se desconoce todo. Y esta función de refugio no sólo se produce en razón de la solidaridad y las contraprestaciones entre la gente, sino también, fundamentalmente, por la creación de un nuevo tejido social que reproduce los universos simbólicos conocidos, por el mero hecho de encontrarse juntas las personas que los detentaban. El barrio aparece entonces como un ambiente controlado, donde es lógico que se reproduzcan las costumbres internalizadas, de las que sólo por contraste se ha adquirido la conciencia de la diferencia. Nadie se sorprende en el barrio de que se grite al conversar, del intenso olor a frito que emana de las cocinas, o de que los hombres pasen media tarde en el bar. Es el lugar conocido ante lo mucho que queda por descubrir y, más allá, del conocimiento, por comprender o identificarse. Es bastante común que las personas entrevistadas reproduzcan ideas y sentimientos muy parecidos a los de esta mujer:

Cuando llegué no tenía un concepto claro y concreto de Cataluña ni de los catalanes... Sólo me martirizaba la idea de lo que había dejado atrás; no se me ocurría pensar cómo serían las personas y las cosas aquí. Yo sólo veía que todo era distinto, o me lo parecía, y nada me servía de distracción ni de consuelo. (...) Era una tierra y una gente nuevas y desconocidas para mí, y nada más. No obstante, al instalarnos en Bonavista —un barrio de emigrantes, la «Andalucía chica», como la llamaban— *no se apreciaba tanto la diferencia de las costumbres y el modo de vida general* (F.M.A.).

Es otro informante del mismo barrio quien pone el dedo en la llaga, creando un verdadero modelo interpretativo de su entorno social en el que el barrio (esto es, el espacio social conocido y sentido como propio) se convierte en el filtro integrador de esas dos dimensiones oscura y luminosa de su existencia:

Hoy ya quieren al barrio tanto como a su pueblo (de origen). Aquí hay de todo: los que se sienten andaluces y... pero para mí prevalece el sentimiento local. Yo pienso que estando allí, uno se siente de su pueblo y viviendo aquí uno se siente muy andaluz. Hoy diría yo, concretando, que aquí en Bonavista los vecinos se sienten vecinos de Bonavista en primer lugar y luego se sienten andaluces de Benamejí, de Jauja... Al sentirnos de Bonavista ya nos sentimos también catalanes... es porque tenemos aquí *nuestras casas*, posiblemente la única propiedad que tengamos y también el trabajo, los hijos... (J.A.).

La situación de quienes han sido protagonistas del proceso migratorio puede representarse como la de quienes viven entre dos mundos, compartiendo sentimientos, identidades y emociones de distintos universos, que se solapan y se neutralizan en la construcción de la identidad, incluso cuando uno de ellos pueda irse perdiendo en la memoria. La construcción de identidades más amplias se realiza a partir de un proceso complejo que comporta acumular experiencias y añadirlas como tales al repertorio social de conocimientos

existente; comporta trascender los marcos de identificación más concretos para pasar a las perspectivas globalizadoras de lo cotidiano; comporta, en definitiva, participar en el proceso de construcción de nuevos signos y significados, de nuevos universos simbólicos que enmarquen todo el conjunto de experiencias compartidas por los miembros de una sociedad. Y, desde luego, las relaciones de poder que se instauran entre grupos, tanto a nivel nacionalitario como estatal, no son ajenas a la forma que adopta este proceso.

## CONCLUSIONES

En el presente artículo hemos querido establecer la articulación entre vínculos familiares, relaciones sociales y construcción de la identidad, para el caso de los colectivos emigrantes que se establecen en Cataluña. Nuestro eje de análisis se ha centrado en mostrar cómo el universo simbólico que sirve de soporte a la identidad se reproduce, desaparece o transforma en estrecha dependencia de los lazos sociales por los que el emigrante se inserta en la sociedad receptora.

Para los jornaleros que emigran en condiciones de extrema pobreza la emigración representa una situación de crisis personal y familiar, por las dificultades de superar todas las mutaciones aparejadas al cambio de residencia, de trabajo, de relaciones sociales, de códigos culturales. A lo largo de nuestro artículo hemos intentado mostrar cómo las situaciones de precariedad económica y de crisis reproductiva de los grupos domésticos nucleares generan una multiplicidad de respuestas organizativas, entre las que el parentesco, el paisanaje y la vecindad parecen ser las más relevantes.

Las estructuras parentales que hemos denominado *conglomerados familiares* tienden a funcionar durante períodos más o menos dilatados de tiempo como las unidades sociales primarias, que organizan la vida social de los individuos, sustituyendo así provisionalmente a las unidades domésticas nucleares, que más tarde recuperan esta función nuclear o autónoma.

Todo ello conduce a mostrar la función de la «parentela-refugio» como *condición* de reproducción de los grupos domésticos cuando se ven sometidos a situaciones y coyunturas críticas como la que representa la emigración, función que puede extenderse, a su vez, a la vecindad y al paisanaje, puesto que se conforman, de hecho, por la prolongación y ramificación de la red imbricada de lazos parentales. La lógica, en todo caso, es la misma: para sobrevivir, la gente trasplanta las antiguas reglas de solidaridad, reinterpretándolas y creando a partir de ellas múltiples formas de entreayuda y de cohesión. Y es que cuando hay que enfrentarse a una forma de vida nueva, a relaciones sociales que no se dominan, a unos códigos lingüísticos y de comportamiento que re-

sultan extraños y distantes, la red de parientes o de paisanos procura una identificación social que ni la residencia ni el trabajo proporcionan por sí solas: dan sentido de estabilidad, de pertenencia a un grupo, funcionan, de hecho, como una protección del individuo ante un entorno nuevo, desconocido y potencialmente hostil para él, pues contribuyen a crear un microuniverso en el que se ejerce la ayuda y la solidaridad, en el que se controlan las relaciones, en el que se pueden reproducir las pautas de comportamiento propias. Vivir cerca de la gente emparentada, de los padres, de los primos, de antiguos vecinos, de sus respectivos descendientes y colaterales contribuye a crear un ambiente conocido y familiar que sirve de protección y de filtro respecto al marco complejo, heterogéneo, difícil de aprehender en su globalidad. Con el transcurso de los años puede que estos lazos se debiliten, que se produzcan fisuras en las antiguas redes solidarias, a través de la búsqueda de la promoción individual. Pero para entonces, los lazos de dependencia personal han cumplido ya su función mediatizadora como mecanismo de adaptación.

Lo que hemos dado en llamar *modelo acordeón*, para expresar cómo los lazos de parentesco pueden reactivarse o, por el contrario, diluirse con suma facilidad, queda expresado en los procesos de fisión y fusión de los lazos de dependencia personal. La movilidad ascendente suele implicar la ruptura de antiguas solidaridades colectivas, puesto que se da prioridad a las estrategias individuales. Hemos podido comprobar que con la mejora de las condiciones materiales la gente pasa a depender menos de sus parientes y vecinos y restringe sus relaciones a los familiares más próximos. La movilidad social implica, así, el debilitamiento de los lazos de dependencia personal. Sin embargo, los grupos de parientes o de amistad pueden servir de base para la constitución de pequeños negocios o iniciativas empresariales, cosa que no contradice la tendencia anterior, sino que pone de manifiesto el principio de selectividad que une a unos parientes más que a otros, así como la propia versatilidad del parentesco, en la que se ha ido insistiendo a lo largo del texto.

Los lazos de parentesco o de vecinaje favorecen la existencia de unos grupos cerrados, que se caracterizan por la reproducción de antiguos lazos sociales, aunque se conforman por la reinterpretación de tales lazos a partir de la lógica de un nuevo contexto, que cambia su significado. Constituyen, por ello, una especie de «híbrido», pues presentan rasgos contrapuestos bajo un ropaje único. Algo parecido sucede con la identidad étnica, aunque en este caso se tiende más bien a neutralizar lo que aparece como irreconciliable, o fuera de la propia experiencia. Se recurre entonces a niveles de menor abstracción, más asequibles y concordantes con el repertorio social de conocimientos, por lo que se tiende a categorizar en base a la familia, el barrio, o la localidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- Andizian, S. & otros (1987). *Vivir entre dos culturas. La situación sociocultural de los trabajadores migrantes y sus familias*. Barcelona. Serbal/Unesco.
- Basham, R. (1978). *The Cross-Cultural Study of Complex Societies*. Palo Alto. Cal. Nayfield Publishing Co.
- Berger, P. L. & Luckmann, T. (1988). *La construcció social de la realitat. Un tractat de sociologia del coneixement*. Barcelona, Herder.
- Bott, E. (1971). *Family and Social Network. Roles, Norms and External Relationships in Ordinary Urban Families*. London. Tavistock.
- Buechler, H.C. & Buechler, J.N. (eds.) (1987). *Migrants in Europe. The Role of Family Labor and Politics*. New York. Greenwood Press.
- Comas d'Argemir, D. & otros (1990). «Emigración, etnicidad y redes de parentesco en un barrio de Tarragona», en Cucó, J. y Pujadas, J.J. (eds.), *Estudios de Antropología Urbana*. Valencia. Institució Alfons el Magnànim.
- Cordell, L.S. & Beckerman, S. (eds.) (1980). *The Versality of Kinship*. New York. Academic Press.
- Du Toit, N. & Safa, I. (eds.) (1975). *Migration and Urbanization. Models and Adaptive Strategies*. The Hague, Mouton.
- Foster, G.N. & Kemper, R.E. (eds.) (1974). *Anthropologists in cities*. Boston, Little, Brown and Co.
- Hannerz, U. (1986). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. México, F.C.E.
- Harris, C.C. (1986). *Familia y sociedad industrial*. Barcelona. Península.
- Kemper, R. (1977). *Migration and Adaptation: Tzintzuntzan Peasants in Mexico*. Beverly Hills. Sage Publications.
- Litwak, E. (1969). «Primary Group Structures and Their Functions: Kin, Neighbors and Friends», *American Sociological Review*, 34, pp. 465-481.
- Osmont, A. (1981). «Stratégies familiales, stratégies résidentielles en milieu urbain». *Cahiers d'Études Africains*. XXI. núm. 1-3, pp. 175-195.
- Petonnet, C. (1982). *Espaces habités. Ethnologie des banlieues*. Paris. Eds. Galilée.
- Pujadas, J.J. (1988). «Forms of Subsistence and Social Reproduction Amongst the Urban Proletariat of Tarragona», *Social Science Information*, 27 núm. 4, pp. 583-605.
- Pujadas, J.J. & Bardají, F. (1987). *Los barrios de Tarragona. Una aproximación antropológica*. Tarragona, Ajuntament de Tarragona.
- Pujadas, J.J. & Comas d'Argemir, D. (1984). «La formació del barri de Bonavista», *Universitas Tarraconensis*, 6, pp. 19-34.
- Roberts, B. (1976). *Organizing Strangers*. Austin, University of Texas Press.
- Segalen, M. (1980). «Relations familiales, relations de parenté en milieu urbain», *Annales Université Toulouse-Le Mirail*, 16. núm 4, pp. 17-30.
- Sennet, R. (1980). *La famille contre la ville. Les classes moyennes de Chicago à l'ère industrielle (1872-1870)*. Paris, Recherches.

- Sussman, M.B. (1970). «The Urban Kin Network in the Formulation of Family Theory», en Hill, R. & Koning, R. (eds.). *Families in East and West*. The Hague, Mouton, pp. 481-503.
- Thomas, W.I. & Znaniecki, F. (1918-20). *The Polish Peasant in Europe and America*, Chicago, University of Chicago Press, 2 volumes.
- Watson, J. (ed.). (1977). *Between Two Cultures. Migrants and Minorities in Britain*. Oxford, Basil Blackwell.
- Wolf, E. (1980). «Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas», en Wolf, E. & otros. *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid, Alianza, pp. 19-39.
- Young, M. & Wilmott, O. (1961). *Family and Kinship in East London*. London. Routledge and Kegan Paul.